

ANDREA TOMÉ

LA
CHICA
DE
HIELO

A woman with red hair styled in a bun is shown from the back. Her neck and shoulders are covered in white, intricate snowflake body paint. The background is a plain, light beige color.

CROSS
BOOKS

ANDREA TOMÉ

**LA
CHICA
DE
HIELO**

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrojuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Andrea Tomé

© Editorial Planeta S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2021

ISBN: 978-84-08-23094-6
Depósito legal: B. 11.322-2021
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

El hielo huele. Eso es lo primero que aprendes. El hielo huele, y el frío huele también, y, si el patinaje acaba significando lo suficiente para ti, es un olor que podrías reconocer en cualquier lugar, como la casa de tus abuelos o la playa en la que pasabas los veranos de pequeña. El chico a mi lado olía a hielo. No podía ubicarlo. No sabía si era su chaqueta polar negra o los pantalones del chándal o tal vez algo en su pelo o en su piel, pero podía identificarlo.

O tal vez me estuviese volviendo loca. Llevaba cuatro meses sin pisar una pista de hielo y uno en Endora, el municipio en el que crecí, después de haber pasado el verano con papá en Galicia.

Estaba sentada al estilo indio, intentando en vano retomar mi lectura de *Rebeldes*, y mamá, de pie frente a mí, estiró los labios.

—De verdad que tengo que irme.

—Puedes irte.

Le echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Es que me sabe mal. Es la primera cita con la doctora Pena. Debería...

—Puedo hacerte un FaceTime. Puedes poner el móvil en el salpicadero del coche y será como si estuvieses aquí.

Mamá volvió a alzar el brazo para comprobar la hora. Nada le molesta tanto como la impuntualidad, excepto, quizá, y en este orden, los comentarios sarcásticos y las entradas verbales, además de físicas, cuando intenta concentrarse en algo.

Cerré el libro sobre mis rodillas. El enfado de mi madre era casi físico, tanto que podría preguntar en voz alta por qué demonios teníamos que esperar tanto cuando la doctora Pena era la psicóloga del instituto Veritas y cuando el instituto Veritas nos costaba un pastón.

Mamá es el tipo de persona que cree que todo puede conseguirse con dinero.

—Estoy bien —dije—. De verdad. Bien.

Mamá miró a la puerta antes de moverse. Casi como si le estuviese pidiendo permiso. Después se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Tienes dinero para el bus?

—Sí.

—Si necesitas que te acerquen a casa puedo decirle al abuelo...

—Mamá, estoy bien.

—Bueno, son muchos cambios. Solo quería asegurarme.

Forzó una sonrisa antes de darme un beso de despedida en la mejilla y, al girarse de nuevo para marcharse, casi se da de bruces con la chica que estaba entrando en la consulta. En realidad, «darse de bruces» se quedaría corto. La chica, enfundada en un anorak amarillo chillón, prácticamente la arrolló y, sin detenerse para disculparse (algo que sé que mamá no le perdonará nunca), se inclinó ante el chaval que tenía a mi lado y sacó una bolsita de papel de su mochila.

—*Kanelbulle*, tu favorito —dijo, sentándose sobre sus rodillas, y cogió dos bollos de la bolsa, uno para él y otro para una señora diminuta que supuse que sería su madre.

El chico puso los ojos en blanco exactamente igual que había hecho mi madre antes de irse.

—Eres tan pretenciosa —dijo él, una media sonrisa en su rostro de rasgos afilados—. Son rollitos de canela, ¿no? —Hizo el gesto de las comillas aéreas—. «*Kanelbulle*».

Anorak Amarillo se encogió de hombros.

—Soy una mujer de mundo.

—¿Hablas sueco?

—¿Quién mierda habla sueco?

—Los suecos.

—No puedo creerme que acabe de regalarle uno de mis *kanelbulle* —prácticamente gritó esto último— a semejante capullo. —Se volvió hacia la madre—. ¡Lo siento tanto por ti! No me gustaría nada tener que aguantar a Daniel todos los días, particularmente su humor por las mañanas.

Daniel le hizo un corte de mangas, mientras la madre, que se reía, se puso en pie.

—Cada día es una aventura —dijo, agachándose (no mucho, porque era muy bajita) para darle un beso a su hijo en la frente—. Tengo que irme al trabajo, pero le he dicho a Fede que te venga a buscar.

Daniel abrió la boca para hablar, pero ella fue más rápida.

—Ya sabes cuáles son las normas.

—Las normas, las normas... —repitió, pero ella ya se estaba yendo, y fue entonces cuando reparé en que los ojos grises de la chica estaban sobre mí.

Devolví la vista a *Rebeldes* porque, de hecho, estaba siendo muy grosera y no me podía creer que hubiese pasado tanto tiempo espionando su conversación.

—¿*Kanelbulle*? —preguntó, agitando la bolsa hacia mí.

Sacudí la cabeza.

—No, gracias.

Y ella sonrió, una sonrisa fría y cortante, como si acabase

de desvelar algún secreto que ya intuía. Era una sonrisa, de cualquier manera, muy desagradable, que hizo que quisiera desaparecer en el mundo del libro o que S. E. Hinton en persona me diese dos bofetadas.

—¿Hablas sueco?

Arrugué la nariz.

—No.

Daniel puso los ojos en blanco con más violencia que la vez anterior.

—Eli, no puedes ir preguntándole a la gente si habla sueco.

Eli parpadeó, y me fijé en lo larguísimas que eran sus pestañas, de una manera que solo podía ser artificial.

—¿Por qué no?

Daniel le tiró de la coleta.

—No sé, es un poco raro.

—Bueno, estamos aquí, ¿no? Es evidente que somos bichos raros.

Cuando era una chica de verdad con una vida de verdad, era un bicho raro. Me pasaba las horas en la pista de hielo. No estaba al día de las series ni de los *realities* de televisión, no podía nombrar a una sola persona que se hubiese hecho famosa en internet y no estaba muy al tanto de qué ropa no deportiva se llevaba. Era un bicho raro incluso en el mundo del patinaje porque había roto la primera regla de oro: había convertido el deporte en mi vida y no había dejado cabida para nada más. Ni siquiera tenía amigas. Solo a Feliks.

Feliks.

Ahora no soy nada. Sin patinaje. Sin Feliks. Me he caído de los bordes del mapa.

El hombre sentado al otro lado de la sala se aclaró la garganta.

—Todo el mundo es un poco raro —dijo, su acento espeso como la miel—. Dentro y fuera. El secreto está en descubrir las rarezas de los otros.

Su hijo (tenía que ser su hijo) desvió la mirada.

Lo había visto en clase un par de veces. Tenía una de esas bellezas, ese tipo clásico que hace que desees poder admirarla a todas horas, bajo cualquier tipo de luz. Una belleza como una escultura griega o un modelo de Jean Paul Gautier, con su pelo tan suave y brillante, sus ojos grandes y oscuros, y su nariz romana.

Una chica salió de la consulta no mucho después. Era bajita, con la piel morena y el pelo largo, negro y perfectamente rizado. Nos dirigió una sonrisa antes de irse y, sin mediar palabra, el chaval frente a nosotros se levantó. Su padre también lo hizo, y pensé que a papá le caería bien; con el pelo largo entrecano, la visera del parque de Yosemite, la chaqueta de pana y las Ray-Ban parecía un director de cine de los noventa, lo que para papá significaba un gran personaje con el que trabar amistad enseguida.

Apenas me dio tiempo de echarle un vistazo a la doctora Pena.

—Creo que hoy será mejor probar la terapia individual —sugirió.

—Bueno... claro, claro. Lo que sea mejor —dijo el padre, su acento británico, tan espeso que se podría flotar en él.

Se volvió hacia su hijo, que seguía en pie junto al umbral de la puerta, una de sus cejas oscuras ligeramente arqueada.

—Mandaré a alguien para que te venga a buscar, ¿OK? —le dijo.

Hablaba en un inglés pijo (del tipo que alargaaaa el fi-

naaaal de las palabraaaas) que contrastaba violentamente con su apariencia de americano perdido.

El chico se encogió de hombros y entró en la consulta. El padre se quedó ahí plantado un par de minutos más, probablemente hasta que comprendió que estaba perdiendo el tiempo (un tiempo que seguramente valía varios cientos de libras el minuto).

Eli cruzó las piernas sobre el regazo de Daniel.

—No habla —dijo, y se pasó la lengua por el labio superior para aniquilar los últimos restos de canela y azúcar—. Nikolai. Eso es lo que le pasa. —Soltó aire ruidosamente por la nariz—. Otras cosas más, también. Seguramente la comecocos le ha pedido a su padre que se vaya para que deje de hablar por Nikolai.

Nikolai. Algo oscuro y con garras en mi garganta.

Ojalá pudiera erradicar todo un idioma, toda una nación, hasta que no quedase nada que le perteneciese a Feliks en el mundo.

Daniel se rascó el párpado con los nudillos.

—Sí que habla. A veces. Solo que no con su padre. —Se le escapó una risita—. Tú misma lo has dicho: lleva todo el peso de la conversación.

—Tampoco habla con la comecocos —insistió Eli, sus ojos grises no sobre Daniel sino sobre mí—. Supongo que debe de ser más difícil no abrir la boca cuando no hay nadie para llenar el silencio, ¿verdad?

Había algo en su sonrisa que no me gustaba. Algo gélido y puntiagudo.

—¿Esa es una opción?

Me mordí la cara interna de las mejillas. No podía creerme que hubiese dicho eso en voz alta. No podía creerme que hubiese pensado eso.

Es la verdad

¿Qué vas a decirle a la doctora Pena cuando estés ahí dentro?

¿Vas a hablarle del miedo, de las náuseas, del vacío, de las sombras que te arañan la espalda por la noche?

¿Qué vas a decirle cuando te pregunte por la bajada de peso, por el pelo que te cortaste, por los exámenes que casi suspendiste, por el verano que pasaste en Galicia para no tener que hablar con mamá?

¿Qué vas a decirle cuando te pregunte por qué hace casi medio año que no patinas?

¿Qué vas a decirle cuando te pregunte *qué te pasa* porque nadie sabe *qué te pasa* y todavía no has abierto la boca al respecto y ya es demasiado tarde para decir nada?

—Demasiado tarde —siseó Eli, y tardé un par de segundos en comprender que era su voz y no la del monstruo que vivía en mi cabeza la que hablaba—. Hablas con tu madre. Si hablas con tu madre estás bien, ¿eh...?

Dejó una pausa ahí mismo, al final de la frase, esperando que yo la llenase con mi nombre. Pero mi nombre ya no me pertenecía (no encajaba en absoluto con la chica que veía cada mañana en el espejo), de modo que enterré la cara en el libro y no dije nada.

Vi la sonrisa de Daniel con el rabillo del ojo.

—Veo que ya estás practicando —dijo, y ahí yo, también, tuve que sonreír.

Pero no dije nada porque sí que estaba practicando. Llevaba meses perfeccionando el arte del silencio.